

sólo las malas lenguas pueden atribuir tales horrores al pobre señor César Bramanti, que le ha curado el reumatismo.

VIII

MR. PIPELET

Recordaremos al lector que todo esto ocurría en 1833.

Mr. Pipelet entró en la porteria con aire grave y magistral; rayaba en los sesenta años, tenía enormes narices y era gordo, colorado y rechoncho como algunas figuras de los cuadros flamencos. En la cabeza llevaba un sombrero vetusto de copa baja y ala ancha.

Este enorme sombrero era tan inseparable de la cabeza de Pipelet como de la de su mujer la fantástica peluca que hemos descrito: de su viejo y ancho frac verde colgaban dos faldones colosales que casi llegaban hasta el suelo, y en las vueltas se veía relucir una costra asquerosa y grasienta. Á pesar de su sombrero y del singular vestido, que no dejaba de tener cierto aire de etiqueta, Mr. Pipelet llevaba siempre consigo el modesto emblema de su empleo, cual era un delantal triangular de cuero, ceñido sobre un chaleco de tan diversos colores como la colcha abigarrada de la cama de madama Pipelet. Saludó á Rodolfo con bastante afabilidad; pero en la sonrisa de este hombre había cierta amargura, y se notaba una profunda melancolía en la expresión de su semblante.

— Alfredo, el señor quiere alquilar el cuarto y el gabinete del cuarto piso — dijo madama Pipelet presentando Rodolfo á su marido. — Hemos estado aguardando para beber juntos una copa del Burdeos que me ha hecho comprar.

Esta delicada atención ganó desde luego la confianza de Mr. Pipelet, el cual llevó la mano al borde anterior del ala del sombrero, y dijo con voz de bajo digna de un sochantre de catedral:

— Os complaceremos como porteros, caballero, y vos nos corresponderéis como inquilino.

Mas interrumpiendo de repente su salutación, dijo con inquietud á Rodolfo:

— ¿Con tal que no seáis pintor, caballero!...

— No, soy dependiente de una casa de comercio.

— Entonces me tenéis á vuestras órdenes. ¡Felicito á la naturaleza por no haberos dispuesto para ser uno de esos monstruos de artistas!

— ¡Monstruos los artistas! — exclamó Rodolfo.

Alfredo levantó las manos al cielo dando un gemido sordo é iracundo por única respuesta.

— Habéis de saber que los pintores han emponzoñado la existencia de Alfredo, embruteciéndole como veis — dijo en voz baja á Rodolfo madama Pipelet; y luego continuó en tono más alto y cariñoso: — Vamos, Alfredo, sé razonable y no pienses ahora en ese bribón... vas á ponerte malo y luego no podrás comer.

— No, yo conservaré la razón y la serenidad — respondió M. Pipelet con dignidad, pero con aire triste y resignado. — Me causó grandes daños... ha sido por mucho tiempo mi perseguidor y mi verdugo; pero ahora lo desprecio. ¡Los pintores! — añadió volviéndose á Rodolfo — ¡ah, caballero! los pintores son la polilla de una casa... su demolición, su ruina.

— ¿Habéis tenido por inquilino á algún pintor?

— ¡Ah! sí, caballero, sí: hemos tenido uno — repuso M. Pipelet con amargura: — ¡un pintor que se llamaba Cabrión!

Á pesar de su aparente moderación el portero apretó convulsivamente los puños al pronunciar este nombre.

— ¿Era acaso el inquilino del cuarto que acabo de alquilar? — preguntó Rodolfo.

— ¡Oh, no! el último huésped era un joven recomendable y excelente llamado Germán de apellido; pero antes de él había ocupado el cuarto Cabrión. ¡Ah! desde que salió de casa ese infame Cabrión me ha vuelto loco, me ha embrutecido...

— ¿Habéis sentido su marcha hasta el punto de?... — preguntó Rodolfo.

— ¿Yo sentir á Cabrión? — repuso el portero lleno de estupor: — ¡sentir que se marchara Cabrión! Figuraos, caballero, que el señor Brazo Rojo tuvo que pagarle dos mesadas para hacerle salir de aquí, porque había tenido la desgracia de hacerle una escritura de arriendo. ¡Qué infame bribón! No tenéis idea de las horribles diabluras que nos ha hecho. Os hablaré de una sola para que juzguéis por ella de las demás: no hay instrumento de aire que no haya hecho cómplice de su endemoniada manía de incomodar á todos los vecinos... ni un solo instrumento, desde el cuerno inglés hasta el serpentón; y ha llegado su villanía hasta el extremo de tocar mal con toda intención y repetir una misma nota por espacio de dos horas seguidas. Era cosa de volvernos locos. Se han hecho más de veinte peticiones al señor Brazo Rojo para que echase á la calle aquel músico infernal, pero el amo sólo pudo conseguir que se marchase pagándole dos mesadas... ¿Qué os parece de este lance?... pagar mesadas á un inquilino, siendo él quién debiera pagar... pero no sólo dos, sino tres y más se le hubieran dado para que nos dejase en paz. Por fin salió de casa... pero no vayáis á creer que se acabaron con esto las diabólicas travesuras de Cabrión. Á las once de la noche del día siguiente estaba metido entre mis sábanas, cuando oigo á la puerta: ¡tan! ¡tan! ¡tan! Tiro del cordón del pestillo, entra una

persona, llégase á mi cuarto, y dice una voz : « Buenas noches, portero : ¿ queréis tener la bondad de darme un mechón de vuestro pelo? » Mi mujer al oír tal proposición me dijo : « Es alguno que viene equivocado. » Y entonces dije al desconocido : « No es aquí; llamad á la otra puerta. » « Sin embargo, éste es el número 17. ¿ No se llama Pipelet el portero de esta casa? » preguntó la voz. « Sí, le dije; ese es mi nombre. » « Pues bien, mi muy amado Pipelet, vengo á pedir un mechón de vuestro pelo para Cabrión; es una idea que se le ha puesto en la cabeza, y no hay remedio... quiere un rizo de vuestro pelo. »

Mr. Pipelet miró á Rodolfo, meneó la cabeza y cruzó los brazos con actitud académica.

— ¡ Ya lo veis, caballero!... venía á pedirme un mechón de mi pelo, á mi que soy su enemigo mortal... después de haberme ofendido y ultrajado venía á pedirme un favor que no siempre conceden las enamoradas á sus mismos amantes...

— ¡ Y al fin, si ese Cabrión fuera á lo menos un buen inquilino como el señor Germán!... — dijo Rodolfo con una seriedad imperturbable.

— Aunque hubiese sido buen inquilino no le hubiera concedido yo el mechón de pelo — dijo con majestad el portero — porque no está en mis principios ni en mis costumbres; pero en tal caso lo hubiera negado con urbanidad.

— Pues no para en eso — dijo la portera : — figuraos, caballero, que desde aquel día no hay mañana, ni tarde, ni noche, ni hora ninguna en que el detestable Cabrión no nos envíe un rosario continuo de pillos que vienen uno tras otro á pedir el rizo del pelo de mi marido... ¡ y siempre para Cabrión!

— Así es, caballero, — continuó Mr. Pipelet — que aunque hubiese cometido cien crímenes no tendría un sueño tan agitado como tengo. Despierto á cada instante sobresaltado creyendo oír la voz de ese infernal Cabrión. Desconfío de todos; veo en cada persona un enemigo que viene á pedirme un mechón de mi pelo... he perdido mi acostumbrada amenidad y me he hecho mal encarado, sombrío, espantadizo y suspicaz como un malhechor... ese monstruo de Cabrión ha envenenado mi existencia.

Y Mr. Pipelet lanzó un profundo suspiro y caló el sombrero con tan desesperada energía, que parecía abrumado en aquel momento por todo el peso del más terrible de los infortunios.

— Ahora veo por qué no queréis bien á los pintores — dijo Rodolfo; — pero á lo menos el buen carácter de ese Germán, de quien me habéis hablado, debió compensaros los disgustos que os causó Cabrión.

— ¡ Oh! sin duda... ese sí que es un joven bueno, servicial y nada petulante; alegre, pero de una alegría que no hace daño á nadie, y no es burlón ni insolente como ese abominable Cabrión, ¡ á quién Dios confunda por siempre jamás amén!

— Vaya, calmaos, señor Pipelet, y no pronunciéis más e se nombre. ¿ Quién es el feliz propietario que posee ahora al joven Germán, á esa perla de los inquilinos?

— No lo sé, ni nadie sabe ni sabrá en donde vive ahora el señor Germán. Pero aunque digo nadie, debo exceptuar á la señorita Alegría.

— ¿ Quién es esa señorita Alegría? — preguntó Rodolfo.

— Una modistilla, que vive en otro cuarto pared por medio del vuestro... — repuso madama Pipelet. — ¡ Esa sí que es otro diamante!... paga siempre adelantado... tiene su cuartito tan limpio y aseado, es tan amable y alegre con todo el mundo, tan gozosa y complaciente que parece un ángel del cielo... trabaja sin descanso, y hay semana que sale por dos francos diarios... mas para eso tiene que desvelarse mucho la pobrecilla.

— ¿ Pero cómo es que sólo la señorita Alegría sabe donde vive Germán?

— Cuando dejó la casa — repuso madama Pipelet — nos dijo : « No espero recibir cartas de nadie; pero si por casualidad llegase alguna, la entregaréis á la señorita Alegría. » Y por cierto que es digna de su confianza, aunque las cartas sean del mayor interés. ¿ no es verdad, Alfredo?

— Lo cierto es que nada habría que decir de la señorita Alegría — dijo con sequedad el portero — si no hubiese tenido la debilidad de dejarse requebrar por ese infame de Cabrión.

— Con respecto á eso, Alfredo — repuso la portera — ya sabéis que es menester dar á cada uno lo que es suyo; aunque alegre y de buen humor, la señorita Alegría es tan honesta y morigerada como yo... y sino véase el cerrojo que tiene en su puerta. Es cierto que los vecinos del piso la visitan; pero eso depende del local y no de ella... ¡ pobrecilla!... lo mismo hacía el comisionista viajero que habitó el cuarto antes de Cabrión, y lo mismo sucedía con el señor Germán después que se ha marchado el detestable pintor. Repito que nada mal hay en esto y que sólo depende del local... la visitan, la hablan, y nada más...

— Por manera — dijo Rodolfo — que los inquilinos del cuarto que quiero alquilar tienen que visitar forzosamente á la señorita Alegría.

— Sin remedio, caballero; nadie puede dispensarse de ser buen vecino suyo, y voy á deciros la razón. Siendo vecino de la señorita Alegría... como los dos cuartos sólo están divididos por un tabique... y entre jóvenes ya sabemos lo que pasa; por ejemplo, con motivo de pedir luz, una brasita de fuego... un poquito de agua... Con respecto al agua, puedo aseguraros que se halla siempre en el cuarto de la señorita Alegría; la tiene hasta con lujo, y parece que no puede vivir sin ella como los cisnes; cuando tiene un momento libre se pone á lavar los cristales y el mármol de la chimenea, de modo que su cuarto está siempre como una taza de oro... ya lo veréis...

— De modo que el señor Germán, por consecuencia del local, según decís, ha hecho muy buena vecindad á la señorita Alegría.

— Sin duda alguna, y en verdad que parecen nacidos el uno para el otro. Son tan bien parecidos, tan jóvenes que era una gloria el verlos bajar la escalera cuando iban á pasear juntos los domingos, porque éste era el único día de asueto que ambos tenían. Ella llevaba siempre un sombrerito sencillo y un vestido de á veinte y cinco sueldos la vara, que hacía por su mano, pero que le sentaba como á una reina; y él la acompañaba en traje de verdadero señor.

— ¿No ha visto Germán á la señorita Alegría desde que salió de la casa?

— No, señor; á menos que la haya visto algún domingo, porque en los demás días puedo asegurar que la señorita Alegría no tiene tiempo para pensar en ningún amante: se levanta á las cinco ó las seis de la mañana, y trabaja hasta las diez, y á veces hasta las once de la noche: no sale de su cuarto sino muy de mañana para ir á comprar las provisiones para sí y sus dos canarios, y por cierto que es bien poco lo que comen entre los tres. ¿Qué pensáis que les hace falta para vivir? Dos sueldos de leche, un poco de pan, escarola, cañamones, algún panizo y agua clara; lo que no impide que los tres diviertan, y canten y chillen, así ella como los pajarillos, que es una bendición de Dios... y luego es tan buena y tan caritativa con lo poco que puede... es decir, á costa de su tiempo y de sus desvelos, porque trabaja diez ó doce horas por día, apenas gana lo justo para vivir... ¿Si vierais el afán, el desvelo con que la señorita Alegría y el señor Germán han cuidado varias noches de los hijos de unos infelices que viven en el desván, y á quienes va á poner en la calle el señor Brazo Rojo antes de tres días!...

— ¿Hay aquí alguna familia desgraciada?

— ¿Desgraciada, caballero? ¡Santo Dios! ¡ya lo creo!... Cinco chiquillos como ratoncitos, su madre en la cama moribunda, su abuela idiota, y para alimentarlos á todos un hombre que apenas prueba el pan trabajando como un negro toda la semana, á pesar de que es un obrero excelente... Tres horas de sueño cada día, ahí está todo el descanso que toma... ¡y qué descanso, Dios mío!... y luego lo despiertan los hijos pidiendo pan, ó la mujer que se queja y gime en el lecho... ó la vieja idiota que ruje á veces como una loba, también muerta de hambre... porque no tiene más razón que una bestia... Cuando el hambre la acosa demasiado, entonces se la oye desde la escalera ahullar como un perro.

— ¡Oh, eso es horrible! — exclamó Rodolfo. — ¿Y no hay quién socorra á esa gente?

— Hacemos lo que se puede hacer entre pobres. Desde que el comandante me da 12 francos al mes por cuidarle el cuarto, hago un puchero á esos infelices una vez cada semana, y á lo menos toman una taza de caldo... La señorita Alegría se desvela algunas noches para hacer con desperdicios y retazos de tela algún vestidito para los chiquillos... El pobre señor Germán, que tampoco

estaba muy sobrado, fingía á veces que recibía de su casa algunas botellas de buen vino... y Morel... (que así se llama el obrero) echaba entonces un par de tragos que le calentaban el estómago y le volvían el corazón á su sitio.



Cinco chiquillos como ratoncitos, su madre en la cama moribunda, su abuela idiota...

¿Y el dentista no hace algo por esos infelices?

— ¿Quién? ¿el señor Bradamanti?... dijo el portero. — Es verdad que me ha curado el reumatismo, y por eso lo venero... pero desde entonces ya he

dicho á mi mujer : « Pomona, mira... ese señor Bradamanti... no me da buena espina... » ¿ No te lo he dicho yo, Pomona ?

— Es verdad que me lo has dicho...

— ¿ Qué hizo Bradamanti ?

— Lo vais á ver : cuando hablé al señor Bradamanti de la miseria de la familia de Morel, porque se me había quejado de que no le dejaban dormir en toda la noche los ahullidos hambrientos de la vieja idiota... me dijo : « Puesto que son tan desgraciados, si necesitan de mí para sacarse las *nuevas*, no les cobraré nada ni aún por la sexta. »

— Madama Pipelet, dijo Rodolfo — formo muy mala opinión de ese hombre. ¿ Y ha sido más humana la usurera ?

— Por el mismo estilo del señor Bradamanti, — dijo la portera : — les ha prestado sobre la ropa que tenían... Todo pasó á su poder, hasta el último colchón : bien es que nunca tuvieron más que dos...

— ¿ Y ahora no los socorre !

— ¿ La tía Quiromántica ? ¡ buenas trazas tiene ! es tan *perra* en su clase como su amante en la suya ; porque la tía Quiromántica y el señor Brazo Rojo... ¿ no es verdad tú Pipelet ?... — añadió la portera haciendo una guiñada y un movimiento de cabeza lleno de malicia.

— ¿ De veras ? — dijo Rodolfo.

— Ya lo creo... ¡ vaya si se adoran !... El veranillo de San Martín es tan caliente como el otro ¿ no es verdad, salado mío ?

Mr. Pipelet caló un poco el sombrero con aire melancólico, y no dió otra respuesta. Rodolfo miró á la portera con menos repugnancia desde que esta manifestó sentimientos de caridad hacia la familia miserable de las buhardillas.

— ¿ Qué oficio es el de ese obrero ?

— Lapidario de piedras falsas, y cobra por piezas... y se ha estropeado con tanto trabajar ; ya lo veréis... porque digan lo que quieran, un hombre no es más que un hombre por más que se desviva ¿ no es verdad ? Y cuando hay que ganar la pitanza para una familia de siete personas, sin contar consigo mismo !... La hija mayor le ayuda también en lo que puede, pero á nada llega el trabajo de los dos.

— ¿ Qué edad tiene esa hija ?

— Diez y ocho años, y es linda como un sol ; sirve de criada en casa de un viejo tacaño, y tan rico que puede comprar todo París : es un notario llamado Jaime Ferrán.

— ¿ El señor Jaime Ferrán ? — dijo Rodolfo sorprendido por esta nueva revelación, porque de este mismo notario, ó á lo menos de su ama de gobierno' debía obtener las noticias relativas á la Cantaora : — ¿ es el mismo que vive en la calle de Sentier ? — volvió á preguntar.

— El mismo... ¿ le conocéis ?

— Es notario de la casa de comercio á que pertenezco.

— Entonces sabréis que es un famoso usurero... pero fuera de eso es honrado y devoto ; oye misa todos los domingos, celebra sus pascuas correspondientes y frecuenta mucho la confesión... no se roza más que con clérigos, bebe agua bendita y devora la comunión... es un santo hecho y derecho... pero ¡ caramba ! avaro también si los hay, y tan duro como un pedernal para sí y para los demás. Hace ya diez y ocho meses que sirve con él la pobre Luisa, hija del lapidario, que es humilde como un cordero, pero trabaja como un caballo... y sólo gana 18 francos de soldada, ni más ni menos. La pobrecilla guarda 6 francos para sus menesteres y da lo restante á su familia. Siempre es alguna cosa ; pero cuando hay siete personas á tirar de la hebra...

— Mas con el trabajo de su padre, si es laborioso...

— ¡ Si es laborioso ! jamás se emborrachó en toda su vida, y tiene el genio de un santo ; estoy segura de que sólo pediría á Dios por única recompensa de su vida arreglada el que hiciese durar los días cuarenta y ocho horas á fin de ganar un bocado más de pan para su conejera.

— ¿ Tan poco le produce su trabajo ?

— Se atrasó mucho con una enfermedad que le tuvo en la cama tres meses y su mujer perdió también la salud cuidándolo. Durante los tres meses tuvieron que vivir con los 12 francos de Luisa, además de lo que sacaron del empeño de la ropa con la tía Quiromántica y de algunos escudos que les prestó la joyera para quien trabaja Morel. ¡ Pero ocho personas ! ahí está la mayor dificultad... ¡ Y si vierais el agujero en que viven ! Vaya, no hablemos de eso ; hagamos ahora los honores á la comida que está convidando, y dejemos la tal zahurda que sólo con pensar en ella se me viene el estómago á la boca. Por fortuna el señor Brazo Rojo nos echará pronto de casa esa miseria... Aunque digo por fortuna, no se crea que la echo de soberbia ni que es por mala voluntad ; sino porque debiendo ser desdichada la familia de Morel, y no pudiendo socorrerla nosotros, lo mismo gana con ser infeliz aquí que en otra parte : y para nosotros siempre es un dolor menos de corazón.

— ¿ Pero á dónde irán si los echan de esta casa ?

— ¡ Qué diantres sé yo !

— ¿ Cuánto ganará por día ese pobre lapidario ?

— Si no tuviese que cuidar á su madre, á su mujer y á los hijos, ganaría de 3 á 4 francos, porque es un león para el trabajo ; pero como pierde en la casa las dos terceras partes del tiempo, lo más que ganará serán unos 40 sueldos.

— Es bien poco en efecto... ¡ pobre gente !

— Tenéis razón en llamarles pobre gente... Pero hay en el mundo tantos pobres, que ya que nada podemos hacer por ellos debemos consolarnos de su